

PRESENCIA Y PERENNIDAD DE SARMIENTO(*)

“Tenía la clarividencia del ideal y había elegido sus medios; organizar civilizando y elevar educando”.

J. INGENIEROS.

Es SARMIENTO la más extraordinaria y original personalidad de nuestra historia, sin que este juicio signifique disminuir en un ápice las excelsas virtudes y méritos de otros ilustres próceres a quienes debe la República imperecedera gratitud. Sus nombres y sus obras están presentes en el recuerdo de todos los argentinos, orgullosos de tan magnífica progenie moral; pero en la brillante constelación de la Patria, SARMIENTO se destaca con fulgor propio e inconfundible. Especie de demiurgo, reformador poseído de ardiente amor por su país, se dio por entero a la gran tarea de civilizarlo, organizarlo y educarlo, sacándolo del atraso y la ignorancia para hacerlo digno del destino con que soñaron los hombres de Mayo.

La emancipación de las colonias españolas del Nuevo Mundo de su metrópoli, trajo aparejadas numerosas consecuencias para los nuevos estados que debieron darse sus propias instituciones, en consonancia con los principios en nombre de los cuales se hizo la revolución.

El atraso en que se hallaban sumidos los pueblos en lo tocante a educación, era consecuencia del régimen impuesto

(*) Disertación del Rector de la Universidad en el acto central de homenaje a Sarmiento, realizado en el Paraninfo el 8 de setiembre.

por España a sus colonias. La educación era privilegio de pocos. Para la masa del pueblo sólo había la posibilidad de una instrucción que consistía en aprender elementalmente a leer, escribir, contar y rezar. Este aprendizaje de primeras letras se hacía en las mismas casas de familia, en las casas parroquiales anexas a las iglesias de los pueblos y en los conventos, que estaban autorizados para ello. Recién muy adelantado el siglo XVIII funcionaron escuelas sostenidas por la renta del pueblo o de la comuna. Quienes luego, de acuerdo a su condición y medios, podían seguir estudios, debían hacerlo en los muy contados colegios secundarios o máximos y universidades existentes por entonces.

El sistema prohibitivo de España mantenía así en la mayor ignorancia a la masa del pueblo, a la par que no llegaban otros libros y conocimientos que los permitidos por el sistema imperante. No había pues, propiamente, un régimen de instrucción popular porque así convenía a los intereses de la metrópoli, y este hecho significó un factor negativo para el afianzamiento de la Revolución y la efectividad de los principios y garantías proclamados por ella.

Es que los pueblos redimidos del vasallaje político-económico, se mantenían aún esclavos de la ignorancia y faltos de madurez para vivir las "instituciones libres". Y esto representó un factor muy importante en la posterior evolución enterezada a estructurar nuestra democracia.

Los hombres de Mayo comprendieron perfectamente el problema y señalaron la necesidad de fomentar la instrucción general del pueblo como medio esencial para crear una nueva e indispensable conciencia civil.

Recordemos, para no citar sino los principales, las ideas e iniciativas renovadoras de BELGRANO, decidido partidario de la educación popular y la enseñanza práctica; de MARIANO MORENO, quien advertía de los peligros que representaba el descuido de la educación; y de RIVADAVIA, que anticipándose a su tiempo, sentó las bases de una verdadera política educacional liberal, inspirada en la necesidad de modificar la estructura institucio-

nal del país, acorde con las nuevas corrientes de ideas y para servir a los fines de la Revolución. El pensamiento de este gran estadista se refleja en este juicio suyo:

“La instrucción pública es la base de todo sistema social bien reglado, y cuando la ignorancia cubre a los habitantes de un país, ni las autoridades pueden con suceso promover su prosperidad, ni ellos mismos proporcionarse las ventajas reales que esparce el imperio de las leyes”.

Esteban Echeverría en su ideario, y los hombres de la Asociación de Mayo, singularmente JUAN BAUTISTA ALBERDI, proclamaron asimismo la necesidad de ilustrar al pueblo.

SARMIENTO, plenamente identificado con el ideal de Mayo y los prohombres que sostuvieron la causa, resumió en sí todas esas nobles aspiraciones y se esforzó en llevarlas a la realidad en el más extraordinario empeño que registra la historia y que lo hace acreedor al título de “apóstol de la instrucción pública en Sud América”.

En SARMIENTO se dieron y resumieron todas las condiciones y atributos que caracterizan a los hombres superiores llamados por el destino a influir decisivamente en la vida de los pueblos.

Al decir de Pellegrini, “fue el cerebro más poderoso que ha producido América”.

Describir a SARMIENTO no es empresa fácil. No bastan los recursos usuales para juzgar tan extraordinario y paradójal personaje.

Con virtudes y defectos representa la más admirable síntesis humana que podamos concebir. Constituye quizás caso único de reformador social que con genial comprensión pero elementales instrumentos, como los que dispuso, haya podido llevar a cabo una obra como la que él realizó.

Ricardo Rojas, en su biografía del prócer advierte que “un extranjero, aunque hable nuestro idioma, si no conoce nuestra historia, tenderá a juzgarlo sólo como escritor, pero sin entender bien lo que SARMIENTO expresa. La crítica europea —agrega— mide a los genios con el cartabón de su his-

toria: un descubrimiento científico, un invento mecánico, un sistema metafísico, unas guerras afortunadas, una creación artística nacida de la fantasía; tales son los cánones de lo genial en el pasado europeo. SARMIENTO, en cambio, no ofrece nada de eso. ¿Un periodista, un maestro de escuela, puede ser un genio? Ahí reside lo nuevo de su invento: la elevación de esos modestos instrumentos democráticos al plano de lo épico, de la liberación humana. Para ello el inventor necesitaba poseer profunda sensibilidad, enorme talento, saber extenso, voluntad de acción en la medida de los reformadores y los héroes”.

SARMIENTO, autodidacto con sed infinita de saber, asimiló la cultura de su tiempo y lo que no aprendió por directo conocimiento y experiencia lo comprendió merced a su gran intuición. Con su extraordinaria capacidad intelectual y agudo espíritu de observación abarcó la realidad física y social del país, y remontó las corrientes de la historia en busca de explicación a los múltiples interrogantes que se formuló.

Concentró todas las potencias de su espíritu privilegiado en un ímpetu sin igual de voluntad, y las puso al servicio de su Patria a la que sirvió con pasión no superada. Ahuyentó de su espíritu toda intención egoísta que pudiera empañar la lucidez de su juicio y la diafanidad de sus grandes propósitos; rechazó para sí las ventajas materiales por considerarlas “bagaje pesado para la incesante pugna”.

Alberto Palcos en este mismo recinto nos hizo conocer y comentó una carta del prócer a su hija Faustina fechada en Nueva York en 1867, que revela la grandeza moral de SARMIENTO, su valor cívico y su indomable espíritu de lucha.

Temerosa su hija de lo que pudiera acaecerle, por la situación del país, de resultar electo presidente de la República, le aconseja “que siga gozando de la posición tranquila y espectable que disfruta en el exterior y le insinúa la conveniencia de declinar su candidatura”.

SARMIENTO le responde que lejos de arredrarlo, esas dificultades le obligarían antes bien a volar donde sus conciuda-

danos le llamaren “no a gozar honores, que no son tan grandes como lo creen, sino a poner mi hombro en el edificio que se desploma, a trabajar humilde y valientemente, como el pobre sanjuanino cuando él vió amenazada de tragarse la ciudad”. (Se refiere a San Juan, castigada por las montoneras del Chacho).

Y prosigue: “las maldiciones de los unos, las injurias de los otros, serán mi recompensa, pero tengo la fe que no me abandonó nunca, de que con trabajo, con decisión, con conocimiento de los males del país y sus causas se puede llegar al fin a levantar ese país y elevarlo, al menos a la condición de los que se cuentan por civilizados”.

Y le añade: “Es preciso que te armes de coraje como tu padre que acepta la vida como nos viene, sin creerse con derecho a una felicidad en la tierra que nos ha sido negada”.

“¿Porque serías más feliz que tu Patria?”

Y concluye:

“¡Acabemos pues con las lágrimas! Sé mi hija en eso, en sufrir, en trabajar, en esperar, para mañana o más allá del sepulcro, tú, en otra vida mejor que esperas; yo en la justicia de la posteridad, que es el cielo de los hombres públicos”.

SU IDEAL DE PROGRESO

Larga es la historia de los trabajos, vigiliias y sacrificios hechos por el prócer y alto el ideal que persiguió para asegurar el progreso y la felicidad de su pueblo.

Los pueblos suelen negar en vida a sus grandes servidores el reconocimiento que se les testimonia después de muertos. Así ocurrió a veces entre nosotros. La amargura y el desamparo fue la moneda con que la incomprensión pagó a muchos de nuestros grandes hombres que quisieron el bien de la Patria y se sobrepusieron a las pasiones de la época. Es, muchas veces, el destino de los héroes.

Tomás Carlyle, el famoso autor de *Los héroes*, sostiene que lo realizado por el hombre es, en el fondo, la historia de

los grandes hombres que modelaron la vida general y fueron ejemplos vivos y creadores —en vasto sentido— de cuanto la masa humana procuró alcanzar o llevar a cabo.

SARMIENTO, por su parte, casi contemporáneamente, emite un juicio semejante.

En ese sentido él es uno de nuestros más preclaros héroes, profeta visionario del destino argentino que intuyó como nadie, señalando los medios de alcanzarlo. Por su espíritu práctico, el epíteto de profeta o visionario le incomodaba, respondiendo que él no tenía visiones sino proyectos, que no se abandonaba a sueños de perfección inalcanzables, que tener fe en la posibilidad de mejorar la condición del país no era flaqueza del espíritu.

Hombre de ideas fundamentales y espíritu práctico, no se diluía en sutilezas ni posturas académicas o doctrinarias. No reconocía atadura alguna para su pensamiento ni temía rectificarse porque, como dice Lugones, “advertido el error volvía al sureo”.

Toda empresa útil para su Patria le pareció digna del mayor esfuerzo. Al bajar de la presidencia de la Nación no tuvo reparo en actuar como director de escuelas; y aún solicitar, en otra ocasión, ser designado juez de paz de Junín para evitar la matanza de unas hermosas aves.

Impulsivo e intemperante polemiza sin reparos. No metía los riesgos ni la estatura de sus adversarios cuando se trataba de combatir el error, el obscurantismo, la ignorancia y la política artera. Era una fuerza arrolladora sustentada por una conciencia lúcida y honrada.

A nadie rindió pleitesía ni ocultó su pensamiento. Es que, como él mismo decía, “le faltaba a su cráneo la joroba freológica de la veneración”.

Desconoce la especulación abstracta, pero jamás cae en el lugar común o en el verbalismo retórico. No tuvo, ni le interesó tener, el solaz para la obra literaria o filosófica. Para escribir había de tener un tema concreto y útil o un adver-

sario tangible. Una vez escribió poesías, pero como su crítico no las encontró buenas resolvió no reincidir.

Su enorme y rica personalidad, de tan diversas facetas, desconcertaba a sus contemporáneos que atados a preocupaciones inmediatas o de círculo, no comprendieron muchas veces a este batallador incansable que arremetía, implacable, contra los rémoras opuestas al progreso.

SARMIENTO, realizador por excelencia, luchaba a cara descubierta, sin ocultar jamás su pensamiento que se traducía en todos sus gestos y manifestaciones, fuera quien fuere su interlocutor y estuviera donde estuviese. Su afán de hacer llegó hasta afirmar que “las cosas hay que hacerlas, mal, pero hacerlas”.

Juan Pablo Echagüe dijo de SARMIENTO que “fué el hombre sin máscara”. “Andar por los caminos del mundo sin máscara, es decir, descubierto a los ojos de todos el propio espíritu, es privilegio de locos o de genios. Pero hay un distinguo: el genio se ausenta de los demás, hacia los planos superiores de su espíritu, en tanto que el loco se ausenta de sí mismo”.

Nada extraño pues —dice Echagüe— que a los hombres como SARMIENTO, el común de las gentes les llame Quijote, dementes y, en ocasiones, con desdén, profetas”.

SARMIENTO era, con sus virtudes y defectos como una fuerza elemental. No se pagaba de títulos, le bastaba con ser “Sarmiento”. Amaba la gloria pero no la vanagloria, esa mercenaria que extravía a menudo a los hombres. Una pasión resumía todas sus pasiones: la pasión nacional.

No tuvo en verdad, en su vida pública, otro amor duradero ni más grande que el amor a su pueblo; se sacrificó por él y nada pidió en recompensa. Fué un hombre libre para quien ningún cartabón es apropiado y toda definición resulta incompleta. Imposible clasificarlo. Es un ejemplar único. SARMIENTO es SARMIENTO.

Las rarezas y aparentes contradicciones de SARMIENTO fueron propias de su temperamento inconformista frente a una realidad que él conocía profundamente y que aspiraba a mo-

dificar por anacrónica y opuesta al adelanto de la civilización. Para comprenderlo preciso es considerar su obra en relación a su tiempo y al ambiente en que le tocó actuar, que nos ha descrito en páginas inmortales.

En *Facundo o Civilización y Barbarie* (denominación primera) nos da una imagen del país en su época, cuando lo describe como una inmensa extensión enteramente despoblada en sus extremos, con ríos navegables “que no ha surcado aún el frágil barquichuelo”. Acechada al sur y al norte por los salvajes, “que aguardan las noches de luna para caer, cual enjambres de hienas, sobre los ganados que pacen en los campos y las indefensas poblaciones”.

SARMIENTO describe con agudeza la fisonomía del país, sus posibilidades materiales así como la escasez, aislamiento y atraso de las poblaciones, y señala la necesidad de alcanzar la unidad del país, “en la civilización y en la libertad”, en vez de la unidad en la barbarie y en la esclavitud. Analiza el contraste que ofrece la vida de las ciudades (sobre todo Buenos Aires) y de las campañas, y los factores inconciliables para la integración de la comunidad. Particularmente en la campaña donde el progreso moral, la cultura, no sólo es descuidada sino imposible. Esto, unido a otros factores concurrentes que menciona, lo llevan a la conclusión de que es indispensable modificar tal estado de cosas, terminar con la tiranía y el régimen de los caudillos y promover la prosperidad de estas regiones a tono con el desarrollo alcanzado por la civilización, y para ello abrir fuentes de producción, y habilitar los ríos para la navegación, fomentar la inmigración, difundir la cultura.

SARMIENTO entre tanto estudia y trabaja, y sin atenerse a fórmulas rígidas, lucha empeñosamente por sus ideales en Chile donde desarrolla una fecunda obra en el campo de la educación, sin perder de vista a su país, su principal objetivo, al que anhela regresar para poner en práctica sus planes. Viaja por Europa y E.E.U.U. comisionado por el Gobierno chi-

leno y ello le permite adquirir nuevos conocimientos y experiencias que ampliaron su pensamiento en materia social.

Dos ideas básicas constituyen su objetivo principal: *educación* e *inmigración*, pero sin desentenderse de otros importantes problemas.

EL APOSTOL DE LA EDUCACION

Muchos títulos tiene SARMIENTO para ser recordado como uno de los más grandes hombres nuestros. Pero uno hay, sobretodo, que lo ha consagrado a la veneración de la posteridad en forma indiscutible, y es el de educador, educador por antonomasia: “el apóstol de la educación primaria en Sud América”. Justificado título porque dio a la causa de la educación lo mejor de su vida. En favor de este ideal libró sus más grandes luchas. Su prédica incansable no se detuvo ante obstáculo alguno. Al pensamiento claro y preciso, unía la acción que se tradujo en múltiples creaciones escolares, en fundas iniciativas desde el llano como desde el gobierno, a través de la función pública organizando y estimulando, como por medio de la prensa y el libro. Nada explica mejor esta vocación de SARMIENTO como la lectura y análisis de sus propias ideas expuestas en todo tiempo y circunstancia. Porque SARMIENTO sentía la necesidad de construir la Nación — que él concebía democrática— sobre la capacidad del ciudadano que sólo se consigue por vía de una educación libre y desprejuiciada, de una educación enderezada a dar al individuo el instrumento de cultura que lo inicie y encamine para ser agente activo, útil y consciente en el proceso de la civilización.

Desde muy temprana edad dio muestras de su vocación por la cultura y de su fe en la educación como instrumento civilizador.

Tuvo en su hogar su primera y mejor escuela. Principalmente su madre, a quien venera, modelo de abnegación y virtudes, que le inculcó el espíritu de su limpia honradez, su

energía y entereza moral. SARMIENTO se emociona recordando que, ya anciana, atravesara la cordillera para despedirse de su hijo antes de descender a la tumba. Inteligencia vivaz, no obstante su escasa instrucción (sólo la propia de su tiempo) doña Paula asimilaba los conocimientos fácilmente y discernía con claridad y buen criterio. Su elevación de miras y la decisión con que supo afrontar todas las dificultades fueron la mejor lección de carácter para su hijo. Estas y muchas otras influencias recibió SARMIENTO de su madre que se grabaron profunda y definitivamente en su espíritu. Las páginas que el prócer dedicó a sus padres son las más bellas y enternecedoras salidas de su pluma.

Recibe su primera instrucción en la Escuela de la Patria, dirigida por el maestro Ignacio Fermín Rodríguez, venerado por SARMIENTO, y luego con su tío el clérigo José de Oro, en San Francisco del Monte (San Luis) al lado de quien adquiere conocimientos que habrían de tener influencia decisiva en su formación. "Salí de sus manos —dice el prócer— con la razón formada a los 15 años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel". Al lado de su tío hizo sus primeros ensayos como maestro, enseñando a leer a los mocetones analfabetos del lugar.

Allí termina su vida de colegial, pues fracasó en sus tentativas de seguir estudios en institutos superiores a los que no le fue posible ingresar. Quedó librado a su propia iniciativa y suerte, y fue en adelante autodidacto que ha de completar sus conocimientos con infatigable voluntad, valido sólo de su privilegiada inteligencia y capacidad de observación.

Nada lo retiene en su afán de asimilar conocimientos. En su famosa "*Mi defensa*" describe con prolijidad de pormenores las mil y una dificultades que tuvo que vencer para lograr su propósito. Su afición a instruirse la atribuye a que aprendió a leer muy bien, y a las lecciones de su maestro el presbítero Oro, quien se dedicó a formarle el carácter moral y a instruirlo sobre los acontecimientos de la revolución de la

independencia en la que él había sido actor. A este maestro declara SARMIENTO deberle sus ideas generales y su amor a la Patria y los principios liberales.

Empleado de comercio en San Juan aprovechaba todo momento libre disponible para continuar sus lecturas en las que empleaba buena parte del día. Conservaba vivo recuerdo de algo que pasó tocante a su persona que él refiere así: "Una señora beata, pasaba por mi tienda todos los días a misa i siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decía a mi amigo: "Este mocito ha de ser libertino... I porqué señora? —Porque hace ya un año que todos los días i a cualquiera hora que pase, está siempre leyendo, i no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido".

De esa manera, sin maestros ni colegios, fue adquiriendo los rudimentos del saber en ciencias, historia, moral, filosofía, y también idiomas, y luego estudios literarios en 1839.

SARMIENTO se lamenta en "*Mi defensa*" de su falta de luces en ciertas materias que sólo pueden adquirirse en los colegios, a los que no pudo asistir; "Mis pobres estudios —dice— han sido pues desordenados e incompletos; pero a este desorden mismo, debo grandes ventajas, pues, que no teniendo maestros ni más guía que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez más bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posición ha nacido la independencia de mi pensamiento, i cierta propensión de crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros. Quizás a esto es debido mi espíritu de observación, que me pone en el caso de desempeñarme sin mucho esfuerzo en la prensa periódica, hallándome en aptitud de tratar sin mucha dificultad cuestiones del momento".

EDUCACION POPULAR

La vocación de educador se manifiesta en SARMIENTO desde edad temprana y hasta el fin de sus días nada tendría en su espíritu mayor preferencia que el tema de la educación, a

la que consideraba punto vital e insustituible de la civilización. En ella cifró sus más grandes esperanzas para realizar la transformación del país que estimaba indispensable a fin de corregir los males que señalaba y que demostró conocer profundamente.

“Educación para todos” es su lema. Crear escuelas, formar maestros, fundar bibliotecas, difundir cultura por todos los medios, fue su obra, la pasión de su vida.

A. W. Weddell alude a una jocosa observación de Bartolito Mitre sobre esta predilección de SARMIENTO. “Andaba de la Ceca a la Meca visitando instituciones de educación, estudiando prácticamente sistemas de educación, asistiendo a convenciones y congresos del mismo género, escribiendo en revistas sobre la misma materia... importándosele un pito de todas las plenipotencias del mundo con tal de no faltar a ningún acto importante que se relacionara con la educación y acordándose que era ministro únicamente cuando el título podía abrirle una puerta del local en que se celebraba alguno de esos actos”. Era el tiempo de su actuación en Washington como ministro plenipotenciario que aprovechó para obtener útiles informes; “ni más ni menos”, como él mismo lo expresara en son de chiste, “que un hornero que busca por doquiera el barro necesario para construir su nido”.

Fue también, por lo demás, lo que hizo en sus andanzas por Europa y E. E. U. U. comisionado por el Gobierno de Chile, que le permitió escribir su famoso libro sobre “*Educación Popular*” publicado en 1849. El acopio de información recogida es realmente extraordinario; no lo es menos el conocimiento que revela de los problemas educacionales. SARMIENTO expone con objetivismo, precisión y claridad su pensamiento sobre educación y los medios de realizarla. Al respecto advierte Ricardo Rojas que en “*Educación Popular*”, y por primera vez, SARMIENTO formula de manera coherente todo su programa de civilización. “La obligación de la Escuela para los padres y para el Estado; la defensa de la raza en el niño y en la mujer; las rentas escolares y los métodos más sencillos; las

escuelas normales y la reforma de la ortografía, como partes integrantes de un programa o de un sistema”.

Libro extraordinario que su autor considera incompleto, Pero que muestra de cuerpo entero a SARMIENTO, formidable autodidacto, reformador por la educación, proclamando que “sólo los pueblos bárbaros quedan al salir del hogar doméstico, irrevocablemente educados en costumbres, ideas, moral y aspiraciones”.

Para Rojas, este libro de SARMIENTO “fué el mensaje del civilizador a la barbarie nativa”.

De las obras sobre educación fue “*Educación Popular*” su libro predilecto. “Cada página, decía, es el fruto de mi diligencia, recorriendo ciudades, hablando con hombres profesionales, recogiendo datos, consultando libros, estados y folletos, mirando y escuchando”. Consideró el mejor elogio para este libro, al que confiara la guarda de su nombre, el juicio emitido por un amigo suyo en una obra francesa en favor de la civilización, juicio según el cual, “*Educación Popular*” no atestigua solamente laboriosa investigación y estudios concienzudos, sino que revela también el alma de un pensador honrado y el corazón de un buen ciudadano.

“La instrucción pública —escribe— que tiene por objeto preparar las nuevas generaciones en masa para el uso de la inteligencia individual, por el conocimiento, aunque rudimental de las ciencias y hechos necesarios para formar la razón, es una institución puramente moderna, nacida de las disensiones del cristianismo y convertida en derecho por el espíritu democrático de la asociación actual”.

Y estudiando la evolución y el progreso de las instituciones dice que “los derechos políticos, esto es, la acción individual aplicada al gobierno de la sociedad, se han anticipado a la preparación intelectual que el uso de tales derechos supone”. Por eso, considerando prácticamente la realidad social de su época, afirma que es obligación de todo gobierno proveer a la educación de las generaciones venideras, ya que no puede compeler a todos los individuos de la presente a recibir la

preparación intelectual que supone el ejercicio de los derechos que le están atribuidos. Y agrega: "La condición social de los hombres depende muchas veces de circunstancias ajenas a la voluntad. Un padre pobre no puede ser responsable de la educación de sus hijos; pero la sociedad en masa tiene interés vital en asegurarse de que todos los individuos que han de venir con el tiempo a formar la Nación, hayan por la educación recibida en su infancia, preparádose suficientemente para desempeñar las funciones sociales a que serán llamados".

"El poder, la riqueza y la fuerza de una nación, afirma SARMIENTO, dependen de la capacidad industrial, moral e intelectual de los individuos que la componen, y la educación pública no debe tener otro fin que el aumentar esas fuerzas de producción, de acción y de dirección, aumentando cada vez más el número de individuos que las posean".

"La dignidad del Estado, la gloria de una Nación, no pueden ya cifrarse, pues, sino en la dignidad de condición de sus súbditos; y esta dignidad no puede obtenerse sino elevando el carácter moral, desarrollando la inteligencia y predisponiéndola a la acción ordenada y legítima de todas las facultades del hombre".

A SARMIENTO, que propiciaba resueltamente el fomento de la inmigración, le preocupaba, asimismo, el que la población nativa se encontrase en desventaja si no se procedía por la educación a preparar las nuevas generaciones para la necesaria adaptación de los medios de trabajo, y más todavía para evitar que la incorporación de un crecido número de inmigrantes de otras naciones que no fuera la española, trajese como consecuencia la sustitución de una sociedad por otra.

Son notables sus observaciones sobre los beneficios de la instrucción primaria para mejorar el nivel de capacidad de los trabajadores, y sus conclusiones las funda en una copiosa información recogida en los países extranjeros que recorrió. No se limita a esto solo, sino que preconiza la instrucción del pueblo como medio para mejorar la moral pública y refuta los argumentos de quienes atribuyen ciertos males sociales al acrecentamiento de la cultura.

“La moralidad —dice— se produce en las masas por la facilidad de obtener medios de subsistencia, por el aseo que eleva el sentimiento de la dignidad personal y por la cultura del espíritu que estorba que se entregue a disipaciones innobles y al vicio embrutecedor de la embriaguez; y el medio seguro, infalible, de llegar a estos resultados, es proveer de educación a los niños, ya que no nos sea dado hacer partícipe de los mismos beneficios a los adultos”.

Amaba la gloria porque creía en ella confiado en la justicia de la posteridad. Y se explicaba diciendo que “No se ha escrito todavía un verdadero tratado sobre la más noble, la más grande y la más útil pasión humana, la gloria, ciencia difícil de comprender, porque no se explican sus principios; arte durísima de practicar, porque impone privaciones, deberes, martirios sublimes, que todos soportarían si supieran que ella conduce a vivir siglos en despecho de la muerte, a ser ciudadano conquistador de naciones, sin necesidad de derramar sangre, acaso con economía de la propia”.

Resumiendo su vida de civilizador SARMIENTO manifiesta: “He labrado, pues, como las orugas, mi tosco capullo y sin llegar a ser mariposa, me sobreviviré para ver que el hilo que depuse será utilizado por los que me sigan”.

“Nacido en la pobreza, criado en la lucha por la existencia, más que mía de mi Patria, endurecido a todas las fatigas, acometiendo todo lo que creía bueno, y coronada la perseverancia con el éxito, he recorrido todo lo que hay de civilizado en la tierra y toda la escala de los honores humanos en la modesta proporción de mi país y de mi tiempo”. Tenía conciencia de la bondad y trascendencia de su obra.

Y no erró SARMIENTO en su juicio, en su ideal, en su esperanza de justicia, en su legítima aspiración a la gloria. De ella nos habla a diario, su presencia y perennidad.

JOSUÉ GOLLAN

